

La magia del tenis

Todos los años, cuando se inicia el curso de la vida ciudadana, el Trofeo Conde de Godó de tenis se presenta en Barcelona como una cita entrañable, una reunión de grandes figuras de la especialidad, dotada, además, de una proyección cívica excepcional.

El tenis, que nació como deporte moderno en 1877, cuando el capitán Wingfield estableció su reglamento al disputarse el primer torneo de Wimbledon, se ha convertido, en vísperas del siglo XXI, en un espectáculo de masas. Es una actividad deportiva que ha crecido en número de aficionados y de espectadores.

La televisión ha contribuido a transformar el tenis en un fenómeno social. Las retransmisiones de los grandes encuentros desvelan un interés amplio que provoca dos efectos: el crecimiento del número de aficionados que practican este deporte, y el aumento de espectadores que acuden a ver competiciones en directo. La evolución del Trofeo Conde de Godó, al que acude cada vez más público, es el testimonio más cercano que tenemos de este segundo efecto.

El primer impacto profundo protagonizado por el tenis en el tejido de nuestra opinión pública se produjo en los años sesenta, cuando los éxitos internacionales de los míticos Gimeno, Santana, Gisbert y Orantes, y los comentarios de Juan José Castillo, en televisión, extendieron el gusto por el tenis y popularizaron sus figuras, su técnica y las competiciones más destacadas. En los rincones abstractos donde se incuban las supersticiones de la conciencia colectiva el tenis dejaba de ser, a partir de entonces, el pasatiempo de unas élites desocupadas, el juego emblemático de las juventudes doradas de la alta sociedad.

La novela, el periodismo, los carteles publicitarios y el cine de entreguerras configuraron una imagen del tenis dominada por las sensaciones mórbidas de un refinamiento aristocrático distante y displicente, una imagen embargada en el ritmo lento de la ociosidad.

La práctica del tenis se asociaba, en estos mensajes, a los aperitivos de lujo en terrazas exclusivas, a un mundo esnobista, a la frivolidad. Eran mensajes que, de tanto repetirse, enraizaban sólidamente en la imaginación popular, hasta convertirse muchas veces en un sustrato muy sedimentado en la memoria histórica universal.

Las limitaciones de los medios de comunicación social de la época impedían el acceso mayoritario al conocimiento del tenis, y de muchas otras cosas. Este fue un mérito de la televisión: eliminar las barreras y las distancias que estimulan una fantasía excesiva; descubrir las cortinas de la retórica de la ilusión para mostrar un paisaje algo más real.

Las emisiones televisivas de tenis propiciaron que se extendiera la práctica de este deporte, que se abrieran pistas más asequibles, y que amplias capas de la población conocieran un espectáculo deportivo fascinante y original.

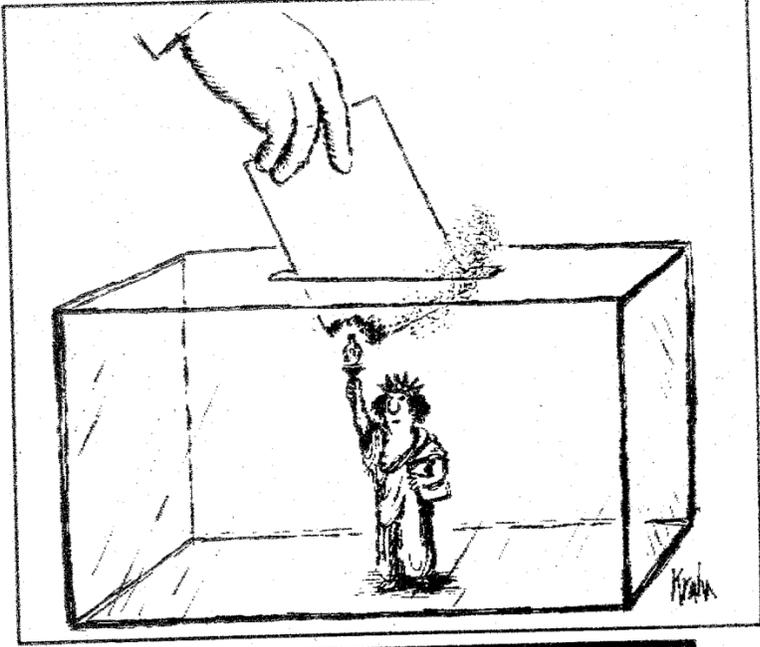
La televisión nos acerca los hechos con palabras e imágenes, pero se trata, sin embargo, de un acercamiento incompleto a la realidad. La vida no está hecha únicamente de sonidos y de imágenes en dos dimensiones. Lo real se hace vida cuando, además de la vista y el oído, se movilizan los sentimientos, las actitudes, las ideas, las emociones, el ánimo, el espíritu, el estilo, lo inmaterial.

El cine, la novela y la publicidad de los años 20 y 30 enseñaban sólo una parte del tenis. La elegancia, el exclusivismo, la novedad. La televisión es mucho más completa: nos enseña parte de la realidad física de lo que sucede en un espacio y en un tiempo, pero no llega a penetrar en la magia de lo que vemos y escuchamos, no recoge toda la atmósfera humana y social. Y esto es lo que se suele olvidar hoy cuando se trata del tenis. Conocemos sus reglas, sus grandes pruebas, su técnica y sus ídolos, pero marginamos, demasiado a menudo, el duende oculto de este juego, las claves invisibles de la fascinación que ejerce sobre quien lo observa y sobre quien lo practica.

Cada deporte y cada actividad humana, por supuesto, tienen esta cara secreta decisiva, pero el tenis, de entre todas ellas, tiene unos rasgos que lo hacen único: la cadencia de los movimientos, la sabia dosificación de los tiempos que impone su sistema de puntuación genial, el respeto al adversario, la serenidad ante los contratiempos. El tenis, como el montañismo, es una forma de educación. Una educación física y una educación del ánimo. Es, por ejemplo, un ejercicio constante de modestia activa, una lección de relatividad moral. Se pierde y se gana hasta el final. Es un trozo de vida. Hay que verlo en vivo, o jugar.

JOSEP M. CASASÚS

La amenaza interna



“Nunca como hoy ha sido tan necesario un planteamiento interdependiente de los problemas del mundo ni se ha desconfiado tanto de las síntesis totalitarias”

S OPLAN, aparentemente, buenos vientos para las sociedades democráticas. Al menos ha desaparecido la amenaza externa con el fracaso espectacular de los sistemas totalitarios y de planificación central. Por ahí las cosas parecen despejadas. Uno se pregunta: ¿qué significa esa crisis de los sistemas marxistas, ese triunfo del mercado y de la microeconomía? Y uno piensa que, ante todo, significa una saludable cura de modestia. Nos damos cuenta de que la Naturaleza es más inteligente que el hombre; que hay que confiar menos en la planificación determinista que en la espontaneidad creadora de las cosas mismas. Nos damos cuenta de que no sólo existe el principio de la entropía (la degradación creciente del universo) sino un extraño contraprinzipio que produce orden a partir del caos. El gran mérito de un científico como Prigogine consiste en haber hallado un modelo matemático para describir esa extraña capacidad autoorganizadora de la Naturaleza.

Cabe, pues, diseñar estrategias, pero no mucho más. Este paradigma ha llegado ya a las ciencias sociales. La nueva evidencia es que una sociedad, cuando alcanza cierto grado de complejidad, se autoorganiza por sí misma. En economía, por ejemplo, se constata que una suma de iniciativas individuales desordenadas puede generar un orden más complejo y, sobre todo, más vivo que el que pueda conseguirse por real decreto. El riesgo, claro está, consiste en que nunca existe ninguna garantía a priori de que la complejidad se autoorganice y que del desorden surja el orden. Pero es un riesgo que hay que asumir.

Se comprende, pues, que el liberalismo —práctico quien lo practique— esté de moda. En este contexto, el liberalismo —bajo la forma que se prefiera— es la filosofía política, o más que filosofía “actitud”, que mejor se aviene con la nueva orientación de las ciencias físicas, con el principio de autoorganización, con el paradigma del orden a partir del caos. Se comprende el auge que ha tomado la expresión “sociedad civil” y el temor a los excesivos controles. Precisamente porque no controlamos todas las variables que definen el comportamiento de las cosas, procede dejar un margen para el azar y la autoorganización; un margen para la autorregulación “espontánea” que arranca de la complejidad que no reprime las iniciativas individuales.

Ahí se inscribe también el famoso tema de la gobernabilidad. Todavía el discurso de los po-

líticos menos avisados suele ser ficticio: simulan controlar la situación y aplican esquemas de lógica lineal. Pero otros se dan cuenta ya de que hoy la lógica no es lineal, sino cibernética (donde tanto repercute la causa sobre el efecto como el efecto sobre la causa), y de que ninguna situación (felizmente) es del todo controlable. Como lo dice textualmente Prigogine, “hay cosas imprevisibles por naturaleza”. Ni siquiera una hipotética información infinita (viejo sueño de Laplace) haría previsible el curso de los acontecimientos, porque este curso lo generamos entre todos, y cada acto-decisión humano (e, incluso, no humano) se inscribe en una minúscula matriz de indeterminación.

La situación es paradójica. Nunca como hoy ha sido tan necesario un planteamiento interdependiente de los problemas del mundo, y nunca como hoy se ha desconfiado tanto de las síntesis totalitarias. Las demandas sociales son cada vez más numerosas, pero también más contradictorias, y frente a ellas todo gobierno resulta inevitablemente ineficaz. Crisis de gobernabilidad que comporta una cierta crisis de legitimidad.

La cuestión es política, social y cultural, pero también antropológica. Haber entrado en la era de la complejidad y de la incertidumbre requiere segregar un plus de creatividad y agilidad interior. Sin ese “plus”, el animal humano no va a adaptarse, y el sistema habrá de degenerar nuevamente en algún tipo de simplificación totalitaria. No hay que olvidar que el tota-

litarismo, en cualquiera de sus formas, se presenta, ante todo, como un remedio para la ansiedad individual. El totalitarismo “protege”, y ésta es su baza fundamental (y fundamentalista). El totalitarismo se caracteriza por proporcionar respuestas simples a cuestiones complejas, y esto reduce la ansiedad. Ello es que el animal humano tiende más al mimetismo que al ejercicio de su libertad. La libertad asusta, y el hecho es que las mismas sociedades democráticas tienden a convertir el concepto de democracia en un nuevo fetiche, y se agencian para ir ahogando la libertad con una red cada vez más tupida de estereotipos, clisés, abdicaciones.

Dicho de otro modo: las sociedades democráticas sólo se tienen en pie (por el momento) gracias a la existencia de un número mínimo de personas creativas, abiertas al cambio y capaces de tomarle gusto a lo difícil. La eludición y el mantenimiento de este “mínimo” es asunto que nos concierne

a todos. Karl Popper fue uno de los primeros en denunciar la falacia de que existe una garantía infalible para el progreso ininterrumpido. Ninguna ley histórica asegura ese progreso. Popper llamaba “historicismo” a la citada falacia, y veía en él el fundamento común de fascismo y estalinismo.

En resolución. Conviene cobrar conciencia de que la democracia arranca de un supuesto más estimulante que el totalitarismo, pero también más inquietante y quebradizo. La democracia está perpetuamente amenazada. Amenazada por sí misma. Porque la incertidumbre pertenece a su misma naturaleza, y porque —retóricas aparte— el animal humano no ha encontrado todavía el nuevo equilibrio que requiere la época: conciliar el gusto por la aventura con un sentido de seguridad primordial. (En otro lugar he explicado que esta conciliación es la esencia de la actitud “retroprogresiva”).

Soplan, sí, vientos propicios para las sociedades democráticas, pero ahí está también, latente, su perpetua amenaza interna; nuestro insuficiente reciclaje: los síntomas de la patología social: la fragmentación, la falta de curiosidad, la endogamia de los países opulentos, el hedonismo insolidario, el consumismo cretinizante, la pasividad, la estereotipia, el mimetismo. Lo peor que puede ocurrirnos es creer que la democracia es un asunto fácil.

SALVADOR PÁNIKER

Cartas de los lectores

Libre expresión

El Club d'Amics de la Unesco de Barcelona, que desde 1960 defiende en catalán los Derechos Humanos, considera un deber expresar públicamente el rechazo de la decisión de la Administración central de asignar a TV3 la misma frecuencia de TV3 en la Comunidad Valenciana, imposibilitando así la intercomunicación entre países hermanos de una misma lengua.

Ninguna alegación de carácter técnico ni legalista puede invalidar el derecho inalienable a la libre expresión. Urge aplicar una solución equitativa y satisfactoria para todos, tal como corresponde a un Estado de derecho.

JOSEP MARTINEZ DE FOIX
Presidente del Club d'Amics de la Unesco de Barcelona

Monumento a Ferrer i Guàrdia

En «La Vanguardia» del 14/9, Baltasar Porcel, habitualmente agudo y ponderado, hace un sorprendente elogio de la controvertida figura de Ferrer i Guàrdia, difícilmente compatible con la verdad histórica.

Aludiendo a su actuación como instigador de la terrible semana trágica. Cuando según parece, sin lugar a dudas, Ferrer era

inocente”. “Inocente? Federica Urales (padre de Federica Montseny) redactor entonces del “Diario Universal” encargóse de buscarle un defensor de más renombre que Pi y Arzuaga, primeramente elegido. Honradamente Azcárate condicionó la respuesta a la previa convicción de la inocencia y estudió las acusaciones del sumario. A los ocho días contestó:

—No puedo defender a Francisco Ferrer.

—Luego ¿usted lo cree culpable?

—Sí —me contestó.

—A mí aquello me impresionó grandemente —escribe Urales—.

El señor Azcárate tenía fama de hombre justo y austero.”

En la biografía de Cambó del historiador Jesús Pabón se lee:

—Medio Landrú, porque captó y explotó a las mujeres sin acabar con sus vidas... Y su última amante, Soledad Villafranca, fue explotada incluso en su belleza, para lanzar a Morral al regimiento.”

—Y dale con la canción —dijo Unamuno— de que se fusiló por racionalista a Ferrer, levanta el estómago...”

—Estos antecedentes son acreedores de homenajes y monumentos?”

J. BARCELÓ CIURANA

Capassos

Peritos en hoteles

“El nuevo acuerdo suscrito rechaza una chapuza jurídica que no contaba siquiera con el beneplácito de la totalidad del gabinete jurídico del Ayuntamiento”

nómicas” carentes de justificación económica clara y, más grave aún, de base jurídica. Un plan, conviene repetirlo de nuevo, que a través de la extensión del uso hotelero al modificar la normativa corría el riesgo de ser generalizable al conjunto del Plan General Metropolitano (PGM), abriendo unas expectativas de plusvalías inusitadas en el ámbito, no sólo de la ciudad, sino de todo el PGM.

El nuevo acuerdo suscrito rechaza una chapuza jurídica que no contaba ni tan siquiera con el beneplácito de la totalidad del gabinete jurídico del Ayuntamiento. El acuerdo desestima las “compensaciones económicas” que sin estar amparadas por el principio de reserva de ley constituían una gravísima irregularidad. El acuerdo permite ahora que las plusvalías revertan a la ciudad a través de las preceptivas cesiones que los promotores deberán cumplir atendiendo a la normativa urbanística.

No se trataba como dice Porcel de un “pintoresco e histórico zafarrancho” entre políticos. Se trataba de utilizar un nuevo método que no favoreciera a la especulación. Se trataba de utilizar la normativa vigente para que la ciudad, y sólo la ciudad, se beneficiara de las plus-

valías generadas. Se trataba de un problema de prioridades, como también le recordaron a Maragall desde la calle Nicaragua, donde está la sede del PSC-PSOE. ¿Hoteles a cambio de equipamientos? ¿O era posible, como así ha sido, no sacrificar los equipamientos y construir nuevos hoteles?

El Departament de Política Territorial i Obres Públiques de la Generalitat que, por cierto, a través de su director general de Urbanismo había expresado informalmente ya en el mes de febrero su rechazo al plan original de socialistas y populares, acaba de informar favorablemente en la reunión de la comisión de Urbanismo de Cataluña del día 19 de septiembre el nuevo método que permite la construcción de seis nuevos hoteles en Barcelona. Ciertamente en el caso de la calle Llérida y de Torre Melina, y para evitar cualquier acusación de indefensión, se abre un periodo de nuevas alegaciones para los interesados, medida de prudencia extrema que no hace otra cosa que dar mayor transparencia, si cabe, al complicado tema hotelero. Nadie podrá acusar en este caso al gobierno catalán de falta de celeridad. El expediente entraba en la Generalitat el viernes día 15 y el día 19 había resolución.

Quedan, pues, suspendidos dos emplazamientos de los aprobados por el Ayuntamiento. El de la Residencia militar en tanto no se acredite la desafección del solar propiedad del Ministerio de Defensa y el de la Plaza España, tal como condicionó con su voto nuestro grupo, hasta que se acredite fehacientemente la ubicación y construcción en el barrio de la nueva escuela que debe acoger a los setecientos niños que se habrían visto afectados por la recalificación del solar y el nuevo uso hotelero. Peritos en la luna, como decía García Lorca, no sé. Peritos en hoteles, seguro.

JOSEP M. CULLELL
Jefe del Grupo Municipal de CIU